

La memoria y la traducción

Jorge Antonio Leoni de León

¿Alguna vez se ha descubierto tratando de recordar la traducción de alguna frase que, por esas cosas de la vida, usted *ya había traducido* y que, para colmo de males, aquellos términos que tiene en la punta de la lengua no sólo son esquivos, sino, además, imposibles de atrapar? De ser así, quizá no le sirva de consuelo el hecho de que ese tipo de situaciones quizá pueda ser considerado como una prueba en favor de algunas teorías lingüísticas que tratan de demostrar que el cerebro de un adulto almacena mucha información sintáctica más como unidades léxicas que como reglas (o parámetros) de generación del lenguaje; sin embargo, tal vez le sea de alguna utilidad saber que alguien le ha sacado provecho a esta idea. En efecto, tal y como ocurre de algunos años para acá, una vez más se ha demostrado que la tecnología de la internet puede darle un nuevo matiz a la palabra comunicación en tanto intercambio de conocimientos, ideas y... frases. Hablamos, pues, de las *memorias de traducción*.



Memoria de traducción es el nombre dado al sistema utilizado en varios programas informáticos que buscan *reutilizar* traducciones consideradas buenas. El principio es simple, cada vez que el traductor considere que ha vertido bien alguna frase, le indica al programa, con el cual trabaja, que la quiere almacenar para su posible utilización futura dentro de una memoria de traducción, que no es otra cosa que una base datos en la cual se encuentra tanto la frase fuente como la frase resultante (es necesario decir que se puede tratar de una palabra, una oración o, incluso, un documento completo). Por otra parte, mientras el traductor realiza su trabajo, el programa busca en la base de datos traducciones que se ajusten de alguna manera a los diferentes elementos del documento, si la encuentra, advierte al traductor y éste decide si la utiliza o no.

¿Qué ocurre cuando, además, se debe conservar el formato ya sea del documento (HTML, Word, Excel, etc.) o de ciertos términos deben ser escritos según los principios que rijan dentro de la organización (por ejemplo, si se debe escribir *Presidente*, **Presidente**, *Presidente* o **Presidente**)? Para tales casos, siempre existe la posibilidad de agregar (¡automáticamente claro está!) información sobre formatos; aún más, es posible definir que la traducción esté en el mismo formato que el texto fuente, de manera que toda manipulación del texto en ese sentido sea realizada por la computadora.

Ahora bien, todo lo que hemos explicado hasta el momento con respecto a las memorias de traducción es de un impacto bastante limitado. Es más, ¿cuál es la relación con internet mencionada más arriba? Pues bien, desde la irrupción de internet en nuestras vidas, hemos acogido el libre intercambio de información como un hecho cotidiano en el que ya ni siquiera nos sentamos a pensar; no obstante éste se ha convertido en uno de los pilares del concepto de trabajo en el nuevo milenio. El valor de la traducción no sólo se mide a partir texto resultante, sino también en la posibilidad de *coleccionar* (o almacenar) e *intercambiar* traducciones consideradas buenas.

Lo anterior se hace más claro en el caso de grandes organizaciones que trabajan con sus propias definiciones de documentación. En caso de que sea necesario contratar a un traductor independiente, es posible mejorar los resultados si se le facilitan bases de datos de memorias de traducción con todos los elementos propios a la organización (formatos y modelos de documentos, terminología, etc.). ¿Pero qué pasa si dicho traductor utiliza un programa incompatible con el que la organización normalmente trabaja? Es en este caso, cuando internet da su aporte. Una de las tecnologías que más ha dado de qué hablar en la red es sin duda el XML (Lenguaje de Etiquetado Extensible); el cual permite crear documentos que contengan su propia descripción y que faciliten el intercambio de datos entre computadoras.

Entre las muchas características de XML, podemos señalar su capacidad de contener información en los más variados sistemas de escritura (árabe, chino, copto, georgiano, esperanto, japonés, etc.) y de ser de fácil interpretación para sistemas computarizados;

muchas veces los seres humanos tampoco necesitamos grandes explicaciones para entender un documento bien codificado en XML (una etiqueta del tipo <novela autor="Gabriel García Márquez">Cien años de Soledad</novela> no tiene nada de críptico). XML permite que se elaboren etiquetas que describan el contenido, según se considere necesario. Por esto, se ideó una norma en XML conocida como TMX (*Translation Memory Exchange*) que describe los elementos que se requieren a la hora de compartir memorias de traducción (idioma, formato, etc.). En este momento la norma propone dos niveles, el primero asocia frase en texto plano (es decir, sin ninguna información adicional), el segundo, hace referencia tanto al texto, como al formato en el que se encuentra originalmente.

Una de las muchas ventajas de trabajar con TMX es su ambiente multilingüe, puesto que permite que una frase (en francés, por ejemplo) aparezca con sus equivalentes en otros idiomas (inglés, griego, latín, ruso, etc.), lo que facilita el trabajo en equipo y el mantenimiento de grandes cantidades de documentación.

Un buen lugar para informarse más sobre TMX es el origen mismo de esta norma:

- *Localisation Industry Standard Association*: <http://www.lisa.org/tmx/>

Hay muchas empresas dedicadas al TMX, algunas ofrecen versiones gratuitas de sus productos, aunque con muchas limitaciones. Además, son una buena fuente de información:

1. *Déjà Vu*: <http://www.atril.com>
2. *SDL*:¹ <http://www.sdlintl.com/>
3. *TermSeek*: <http://www.termseekinc.com>
4. *TRADOS*: <http://www.trados.com>

Espero haber picado su curiosidad sobre lo que las *tecnologías del lenguaje* nos ofrecen actualmente. Todo comentario es bienvenido.

¹ Vale la pena darse una vuelta por la página de esta empresa sólo por el gusto de ver una de las 1000 mejores páginas del año 2001
<http://web.mac.com/a.leoni/>